

QUINCEAVA UNIDAD

LOS ENFERMOS NOS EVANGELIZAN

Objetivos:

- Valorar el potencial evangelizador de los enfermos
- Acercarnos a los que sufren con una actitud de apertura para aprender de ellos
- Descubrir al enfermo como "sujeto" de evangelización

ANALICEMOS

Testimonio

La familia de un limitado físico.

Es difícil resumir todas las experiencias positivas y negativas que he vivido con mi hija, María Isabel, a lo largo de casi 28 años. Tengo cuatro hijos y ella es la mayor. Al descubrir que mi hija no era como todos, el mundo se me vino encima.

Pero... al verla tan cariñosa, tan transparente, tan sencilla, tan indefensa, con un corazón en el que todo el mundo cabe, en el que no hay malicia ni doblez, en el que el pasado no la atormenta, el futuro no la preocupa, y vive sólo el presente, tú misma vas descubriendo que a su lado encuentras muchos motivos para ser feliz.

Yo, en muchas ocasiones, cuando estoy preocupada, angustiada y cansada de tanta lucha, intento por todos los medios dejarme invadir de esa paz que tiene ella. No siempre lo consigo, no porque ella no la irradie, sino porque yo no la sé recibir.

Muchas veces les digo a mis hijos: "¡Cuánto tenemos que aprender de María Isabel! No puede enseñarnos ninguna ciencia, pero sí la forma de pasar por la vida sin hacer daño a nadie, de conformarnos con poco, de ser felices con lo que tenemos, que, en definitiva, es lo que importa".

Madre de minusválida psíquica

Dialoguemos:

- ¿Qué nos puede enseñar este testimonio?
- Compartamos alguna experiencia parecida.

PARA PROFUNDIZAR

Se cree comúnmente que los enfermos y los ancianos son personas que solamente reciben de los demás, no dan ni pueden dar nada útil a la comunidad cristiana y la sociedad. Esta idea es el resultado de la mentalidad de eficiencia, de productividad y de consumo que impera en la sociedad moderna.

Los enfermos y ancianos pueden realmente ofrecer a la comunidad un aporte rico y valioso. Se les considera pobres y necesitados de todo porque carecen de salud y no pueden desarrollar ninguna actividad; pero, precisamente partiendo de su estado de pobreza y aparente inutilidad, ellos pueden ofrecer, comunicar y transmitir grandes valores humanos y cristianos que constituyen una riqueza para la comunidad social y religiosa.

San Pablo dice de Jesús que "se hizo pobre por nosotros, con el fin de enriquecernos con su pobreza"(2 Corintios 8,9), otro tanto se puede decir de los enfermos y de los ancianos.

A nivel humano:

- La relativización de las cosas. La enfermedad nos hace relativizar las cosas y, sobre todo, las riquezas, el poder, los títulos, el prestigio.
- Realismo frente a la vida. El dolor, la enfermedad aportan realismo a un mundo alegremente consumista que con frecuencia vive de ilusiones caducas y pasajeras.
- La humanización del dolor. El sufrimiento asumido con serenidad y paz, es enormemente humanizador. El enfermo nos muestra que el "ser persona" es más importante que el "tener cosas", que la "cultura del ser" tiene más importancia que la "cultura del tener".
- La solidaridad. El sufrimiento, serenamente asumido, produce unión y esta unión engendra solidaridad, es decir, una plataforma sólida, firme, sobre la que puede construirse una auténtica amistad.
- Nos recuerdan la realidad de la vida humana sujeta a limitaciones y enfermedades; obligada, a menudo, a depender de los demás. Los enfermos y ancianos que viven la experiencia de la limitación humana rompen los mitos y las ilusiones que crean el bienestar, la eficiencia, la ambición y el poder.
- Nos invitan a devolver su significado a determinados valores que hoy están en crisis: la humildad ante la fragilidad humana; la paciencia para afrontar dificultades y momentos dolorosos; el aprecio y el respeto por la salud y la vida; la solidaridad y la atención a las necesidades de los hermanos, venciendo el propio egoísmo.
- Amplían los horizontes de los demás mediante su patrimonio de experiencia de vida y de valores humanos: iluminan en la duda de elecciones importantes; amonestan en las situaciones de actitudes imprudentes; animan en la hora de la prueba o desgracia; hacen valorar las propias cualidades y posibilidades; invitan a perseverar a pesar de la dureza o monotonía del deber personal.
- Ofrecen el don de una tradición. Los ancianos, en particular, transmiten a las generaciones jóvenes la vitalidad del pasado como un don, vivido por ellos en el presente para ser transmitido al futuro.

El enfermo es una persona que lucha por la vida, máximo don de Dios. Ante el misterio del dolor y de la muerte la envidia, el egoísmo, el odio nos estorban; lo que de verdad cuenta es la bondad, la solidaridad y, en definitiva, el amor.

A nivel de fe:

- Nos recuerdan la trascendencia de la vida humana y del Reino de Dios. La enfermedad y la ancianidad son un signo de nuestro caminar y de nuestro éxodo hacia la patria eterna. Somos ciudadanos transitorios en este mundo y peregrinos de camino hacia la meta del cielo. Los enfermos y ancianos son símbolo de la comunidad que peregrina hacia Dios.
- Nos ayudan a afrontar la realidad de la muerte. La cultura y la civilización actuales tratan de alejar y camuflar la realidad de la muerte. Los enfermos y ancianos nos recuerdan nuestra condición mortal y nos ayudan a reconciliarnos con la perspectiva de la muerte.
- Nos testimonian que la cruz y el dolor forman parte de la vida y pueden tener su fecundidad a la luz del sufrimiento redentor de Cristo. Por medio del dolor los enfermos y ancianos colaboran en su obra redentora.
- Suscitan sentimientos de esperanza cristiana. "La resurrección y la vida" infunden en ellos serenidad y paz, porque saben que lo mejor está por venir, puesto que "destruida nuestra habitación terrena, se nos prepara otra mansión indestructible en el cielo"(2 Corintios 5, 1). Esta serenidad y paz son el mejor y más creíble testimonio de la esperanza que no desilusiona.

Dialoguemos:

Compartir un encuentro vivido con un enfermo o un anciano:

- ¿Qué valores nos ha comunicado?

- ¿Qué aportes ha hecho a nuestro trabajo pastoral?
- ¿Qué interrogantes ha dejado para nuestra vida?

REFLEXION BIBLICA Mateo 8, 5-13

Jesús entró en Cafarnaún. Se le presentó un capitán que le suplicaba, diciendo: "Señor; tengo en mi casa a un sirviente que está en cama totalmente paralizado y sufre terriblemente". Jesús le dijo: "Yo iré a sanarlo".

Contestó el capitán: "Señor; no soy digno de que entres bajo mi techo. Di una palabra solamente y mi sirviente sanará. Yo mismo, aunque soy un subalterno, tengo autoridad sobre mis soldados; le digo a uno: Marcha, y marcha; y a otro: Ven y viene; y a mi sirviente: Haz esto, y lo hace".

Jesús se maravilló al oírlo y dijo a los que le seguían: "En verdad no he encontrado fe tan grande en el pueblo de Israel, y les aseguro que vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos. En cambio, los que debían entrar al Reino serán echados fuera, a las tinieblas, donde hay llanto y desesperación".

En seguida dijo Jesús al capitán: "Puedes irte, y que te suceda como creíste". Y en aquella hora el muchacho quedó sano.

Dialoguemos

- ¿Qué actitud tiene el centurión con el siervo enfermo?
- ¿Qué le llama la atención de la actitud de Jesús?
- ¿Cómo nos cuestiona e ilumina la actitud de Jesús?

PARA PENSAR

Sanadores heridos en una sociedad herida

Quienes hemos optado por los enfermos y queremos hacer de nuestro trabajo un servicio a la vida, tenemos que aceptar y asumir la realidad de que vivimos en una sociedad herida. Nosotros mismos estamos heridos, pero podemos hacer de nuestras heridas una fuente de salud para los demás,

El sanador herido es aquel que toma conciencia de sus sombras, de sus limitaciones y descubre que en todas sus relaciones, también él, como herido, necesita constantemente de aquellas personas a las que quiere y desea servir.

El sanador herido acepta e integra positivamente su experiencia de sufrimiento, sus miedos y sus pérdidas, y reconoce que en su vida hay heridas abiertas o sanadas en falso.

El sanador herido aprende que el dolor y los sufrimientos personales emergen de lo profundo de la condición humana de la cual participamos todos y por esta razón no se considera superior a los demás, ni exento de padecer y sufrir él también.

El sanador herido comprende que es inútil basar su servicio sobre el éxito, la fama, la popularidad, la competitividad; se reconoce mortal, limitado, que no tiene donde descansar su cabeza.

El sanador herido es aquel que a partir de su experiencia de dolor y sufrimiento ha desarrollado aquellas actitudes de escucha y comprensión que lo habilitan para sintonizar con el otro y acompañarlo en su proceso de curación.

El sanador herido reconoce que en muchas ocasiones él también está profundamente herido e imposibilitado en su tarea pastoral a causa de disfunciones insanas o contagiosas del medio ambiente.

Solamente aquel que tiene una profunda comprensión del dolor propio es capaz de convertir la debilidad en fuente de salud para aquellos que se han perdido en las tinieblas de su dolor incomprensido.

Es desde nuestras propias heridas que podemos sanar las heridas de los demás.